

El virus italiano

LA «débâcle» económica de Italia anticipa lo que les espera a los franceses en 1975?, o bien, ¿sólo es un subproducto de la propensión a degenerar de la vida política y de la desastrosa gestión del Gobierno de Roma? Pero, aun en esta última hipótesis, ¿Francia no corre el riesgo de verse afectada por rebote? Estas son las sencillas preguntas que los franceses se plantean en vísperas del encuentro previsto para el próximo fin de semana entre el canciller Schmidt y Mariano Rumor. Se dice que es la entrevista de la última oportunidad. La bancarota que amenaza desde principios del verano tiene ahora un plazo preciso: «octubre o noviembre», ha dicho Antonio Giolitti, ministro del Presupuesto, con la segunda intención de arrancarle una lágrima a Helmut Schmidt. Porque todo depende ahora de la comprensión de los alemanes, los únicos en Europa lo suficientemente ricos como para sacar a flote la economía italiana.

Los datos sobre el problema son conocidos. Una economía que naufraga, totalmente turbada por el alza de precios de los productos petrolíferos. Un déficit presupuestario que en el curso de un año ha superado la duplicación. Un alza de precios que alcanza el 20 por 100 anual. Y, sobre todo, el déficit comercial, que semana a semana aumenta a causa del petróleo. Durante los primeros seis meses del año, los italianos importaron más de lo que exportaron por valor de cuatro billones de liras en mercancías. Previsión para todo el año: un déficit de siete billones de liras. Y como corolario: «un millón de parados para otoño», según la brutal predicción del ministro de Trabajo, Luigi Bertoldi.

En dos oportunidades en estos últimos meses, el Gobierno de Roma intentó hacer frente a la situación. El 2 de mayo, frenando las importaciones. El 6 de julio, frenando el consumo interno. El Gobierno esperaba obtener tres billones de liras suplementarias con este último plan. Lo suficiente —pensaba— como para reducir a la mitad el déficit comercial de 1974. Pero ahora debe modificar sus pretensiones.

«Como mucho —ha dicho Guido Carli, director del Banco Central de Italia—, esas medidas nos permitirán reunir 800 ó 900 millones de liras...».

Cuando las economías europeas comenzaron a manifestar los primeros síntomas de la enfermedad del petróleo, Alemania se preocupó por encontrar el mejor camino para ayudarlas, porque había que evitar que, impotentes para exportar más con el fin de pagar su factura energética, esos países se vieran reducidos a frenar sus compras en el extranjero. Para Alemania, que vive de la exportación, el drama sería no contar mañana con clientes ante sus puertas. Todos sus vecinos son ya comercialmente deficitarios. El «bache» de Francia, que, sin embargo, tiene una política infinitamente más prudente que la de Italia, alcanzará 35.000 millones de francos a fin de año. Por su parte, Alemania, que supo equilibrar de manera inteligente su comercio exterior, tendrá al término el año, no déficit, sino un excedente de 45.000 millones de marcos.

Hace dos años que Italia firma cheques sin fondos. En total, unos diez mil millones de dólares. Ahora hay que reembolsar, lo cual agrava el problema inicial. Sin embargo, también esta vez se habla de préstamo, de un préstamo de dos millones y medio de dólares. Pero, contrariamente a lo que se pensaba hace unos días, éste no vendría directamente de las cajas federales, transitaría por Bruselas y

adoptaría la forma de una ayuda comunitaria. Es la solución que los alemanes propusieron la semana pasada a Colombo durante su visita a Bonn. La idea de ese tipo de ayuda había sido lanzada, al parecer, el 5 de junio último, por la Comisión de las Comunidades Europeas.

Esta habría sugerido «que un crédito especial de volumen importante, financiado directamente o por medio de empréstitos agrupados y solidariamente garantizados en el exterior, podría movilizarse en beneficio de un Estado miembro». Entonces, los alemanes pusieron cara larga, y el proyecto no prosperó, a pesar de las dos reuniones de los ministros de Finanzas, celebradas en Bruselas.

¿Cuál es la situación de Francia en todo esto? También ella ve ahondarse el abismo del comercio exterior. Sería excesivo pensar que se encuentra en la pendiente italiana, porque Francia si está gobernada y aparentemente su Gobierno es lo suficientemente fuerte como para pedir sacrificios o acallar las reivindicaciones de los mismos que acaban de llevarlos al poder. Ese no es el caso en Italia, donde nadie parece estar en condiciones de imponer las medidas draconianas que requeriría la situación: cierre total, pero temporal, de las fronteras a la importación, bloqueo de los precios y salarios, sangrías fiscales sobre los ingresos elevados...

Pero sería falso que los franceses pensarán que la bancarrota italiana no tendrá consecuencias para ellos. Italia es nuestro segundo cliente. Un cliente menos importante que Alemania, por cierto, pero hacia el cual, en los últimos años, nuestras ventas progresaban rápidamente. Política de facilidad. Tuvimos tendencia a reducir nuestras ventas hacia el país fuerte para, por el contrario, aumentarlas en dirección al país enfermo. Corremos el riesgo de pagarlo caro mañana, si Italia se repliega sobre sí misma.

Y, además, la bancarrota italiana podría tener consecuencias en el mercado del oro, y consecuencias muy perturbadoras. Supongamos que Schmidt, el sábado próximo le dice a Mariano Rumor lo siguiente: «De acuerdo para el préstamo, pero la garantía será vuestro "stock" oro». Exigencia justificada: Italia, entre la espada y la pared, no tiene otra cosa que ofrecer como fianza que 2.500 toneladas de oro cuidadosamente apiladas en los sótanos del Banco de Italia.

El presidente del Consejo Italiano estaría autorizado para responder: «De acuerdo; pero como queremos solicitar la mayor cantidad de dinero posible basándonos en nuestro "stock", éste debe ser evaluado no según la cotización oficial de 42 dólares la onza, sino al precio del mercado, tres veces superior». No puede decirse nada en contra, ya que el 11 de junio, los ministros de los 10 países más ricos del mundo, reunidos en Washington, admitieron que los Bancos centrales podrían dar su oro como garantía sobre la base del precio del mercado cuando se tratara de préstamos de Estado a Estado.

Pero el pequeño mundo de la alta finanza internacional tiembla al pensar lo que sucedería si Italia, al término del plazo, fuera incapaz de reembolsar sus deudas. Entonces habría que tomar su oro y venderlo. Y 2.500 toneladas es una vez y media la producción anual de las minas del mundo entero. Es decir, que la cotización se derrumbaría ante semejante aflujo. Catástrofe para los Bancos centrales y también para los privados franceses, que poseen más de cuatro mil toneladas...

■ FRANÇOIS HENRI DE VIRIEU.

La Capilla siXtina

SALVAR A LA PATRIA

Los ingleses se acostaron de mócratas y pueden levantarse parafascistas. Han aparecido una serie de ejércitos privados, dirigidos por militares retirados, cuyo objetivo es salvar a la patria. ¿De qué? ¿De quién? Los fascistas siempre salvan a la patria de sí misma, porque la voz de la patria suele escucharse en las urnas, y a ellos no les gusta el lenguaje de las urnas. Por ejemplo, los ejércitos privados ingleses quieren salvar a la patria de las consecuencias de las huelgas, y como siempre ocurre con todo tipo de movimientos fascistas, a quien se salva es al empresario. El derecho a la huelga no es un capricho más o menos maligno de los obreros ingleses, sino un instrumento de lucha obrera que hasta ahora ha conseguido todas las conquistas sociales que existen dentro del sistema capitalista. Si ahora resulta que los fascistas ingleses se dedican a practicar el esquirologismo por sistema y con fines altruistas, va a resultar que a punto de acabar el siglo XX, el capitalismo encuentra nada menos que el apoyo de la beneficencia.

Con esto del fascismo hay que ir con cuidado.

De buenas a primeras, los fascistas dicen que están por encima de las clases sociales y de la división entre capitalistas y trabajadores. Pero cuando consiguen el poder jamás se equivocan de clientela: es el gran capital, el mismo que le pagó las camisas pardas y las porras de caucho. Lo que es estar, estarán por encima de las clases sociales, pero jamás se supo que un fascista le rompiera la cara a un empresario, por más cara de tortía que tenga el empresario. Siempre le han roto la cara a la clase obrera y a los intelectuales, y yo propondría el lema: "Dime a quién le rompiste la cara y te diré quién eres".

Gracias a las huelgas, los

obreros ingleses han conseguido una de las políticas sociales más notables de Europa, y sin las huelgas aún estarían los niños soplando vidrio o trabajando en las minas, y los adultos, con jornadas laborales de dieciocho horas. El capitalismo no ha regalado nada a nadie. Todo lo que la clase obrera británica ha conseguido le ha costado sangre, sudor y lágrimas, para que ahora vengan jubilosos nostálgicos de las campañas de la India a salvar a "la patria".

Y es que patria debe de haber más que una; no es como la madre, que sólo hay una. Está la patria del especulador de terrenos (se la vende parcelada) y la patria del ciudadano, al que se la quita el especulador de terrenos (¿no tiene patria?). Está la patria verbal —lérica— del que se golpea el pecho cada vez que la menciona, y la patria difícil y entrañable del que la siente, a pesar de una vida ingrata por debajo de los zapatos de los señoritos patrioterros. Ni siquiera la patria escapa al filtro de las clases. La patria del gran capital está en Suiza, y la del proletariado en Cardiff-Manchester donde la gente trabaja.

Cuando alguien nos dice que va a salvar a la patria no hay que perderle de vista, porque los que presumen de salvar a la patria, más tarde o más temprano se meten la patria en el bolsillo y no la sueltan.

Las noticias que llegan del Reino Unido pueden ser más o menos pintorescas. El fascismo inglés se arrastra desde hace cincuenta años, y nunca ha sido mucho más que una excentricidad, como un sombrero excesivamente floreado que destacara sobre una concentración de ancianas congregadas en Trafalgar Square. Pero los ingleses harán muy bien si agarran a la patria por su cuenta y no permiten que nadie la salve y se la quede. ■

SIXTO CAMARA